

## Reflexiones en torno al humanismo, la escolástica y San Juan de la Cruz.

“Manejar comparaciones e imágenes es lo peculiar de la poética, la de menos categoría entre todas las doctrinas”<sup>1</sup>.

“No es lo mismo saber que amar, ni entender equivale a querer. Él (Aristóteles) nos enseña qué es la virtud, no lo niego; pero su lectura no proporciona los estímulos para inflamar el espíritu”<sup>2</sup>.

“Cuando presentes tengo el tiempo y el sitio

Donde a mí me perdí, y el nudo amado

Con que Amor por su mano me ató en modo

Que amar lo volvió dulce, y juego el yanto,

Soy todo azufre y yesca, y fuego el pecho,

Por los dulces acentos que oigo siempre,

encendido por dentro, que yo gozo

ardiendo, y de eso vivo, y más no quiero”<sup>3</sup>.

Sobre San Juan de la Cruz, sobre el humanismo y la escolástica del siglo XVI en España, y en concreto en Salamanca, se ha escrito tanto y tan bien, que es casi una osadía querer decir algo más. No pretendo por tanto resolver cuestiones pendientes, ni inclinar la balanza en ninguna disputa candente, me mueve tan solo el deseo de compartir unas reflexiones, aún en proceso, que desde mucho tiempo atrás me ocupan.

Cuando Santo Tomás de Aquino aborda la primera cuestión de su *Suma de Teología*, ocupada en aclarar qué es y qué comprende la doctrina sagrada,

---

<sup>1</sup> Santo Tomás de Aquino, *Suma de Teología*, Parte I, Cuestión 1, artículo 9, objeción 1. En adelante esta obra la citaré como Sto. Tomás de Aquino, *Sm. Th.*, ...

<sup>2</sup> Francesco Petrarca, *La ignorancia del autor y la de muchos otros*, en *Obras I. Prosa*, Madrid, Alfaguara Ediciones, 1978, pp. 198-9. En adelante citaré esta obra como F. Petrarca, *La ignorancia del autor, Obras I...*

<sup>3</sup> Francesco Petrarca, *Cancionero*, Madrid, Catedra, 1984, p. 581.

que será calificada como ciencia en el artículo segundo, como más especulativa que práctica en el tercero y como argumentativa en el octavo, está exponiendo con rigor, claridad y contundencia algunas convicciones, irrenunciables, de lo que conocemos como escolástica de raigambre aristotélica, respecto de la teología. Y es en este contexto en el que plantea un nuevo asunto a aclarar, en el artículo noveno, de enorme interés desde múltiples puntos de vista, y que será objeto de duras controversias: *“la Sagrada Escritura, ¿debe o no debe utilizar metáforas?”*<sup>4</sup>

Al margen de las implicaciones del asunto, abordadas en el artículo siguiente, referentes a la lectura e interpretación del texto sagrado, cuyas graves consecuencias experimentarán en sus carnes más de un osado e incluso ilustre maestro, traductor y glosador, en el artículo en cuestión se hacen, al menos, dos afirmaciones que me resultan de enorme interés y que no quiero dejar de resaltar. El Doctor Angélico considera necesario defender con argumentos el uso de metáforas en la Sagrada Escritura, pero, como hace en toda la obra, previamente presenta las objeciones a las que ha de responder, y la primera de ellas, enormemente significativa, es la siguiente: *“No parece que le incumba a la doctrina sagrada, la suprema entre las ciencias, como ha quedado establecido (a.5) hacer uso de lo que es propio de las doctrinas de más baja categoría. Manejar comparaciones e imágenes es lo peculiar de la Poética, la de menor categoría entre todas las doctrinas”*<sup>5</sup>.

Esta objeción, clara en su exposición, expresaba la convicción de buena parte de los escolásticos, de fundamentación aristotélica, que poco a poco imponían sus nuevos modos en las grandes universidades del momento. La respuesta del maestro parisino es, así mismo, de enorme interés, pues afirma: *“El poeta usa metáforas para ofrecer una imagen, pues la imagen por naturaleza agrada al hombre. Sin embargo, la doctrina sagrada las usa porque el hombre las necesita y le son útiles, como hemos dicho”*<sup>6</sup>, y es que, como previamente había explicado: *“También convenía a la Sagrada Escritura, dirigida a todos, según aquello de la carta a los Romanos 1, 14: « Me debo a los sabios y a los ignorantes» , presentase lo espiritual bajo imágenes tomadas de lo material, a fin de poder ser captado por los más*

---

<sup>4</sup> Sto. Tomás de Aquino, *Sm. Th.*, P. I, C. I, a. 9.

<sup>5</sup> Sto. Tomás de Aquino, *Sm. Th.*, P. I, C. I, a. 9, objeción 1.

<sup>6</sup> Sto. Tomás de Aquino, *Sm. Th.*, P. I, C. I, a. 9, respuesta a las objeciones 1.

*simples, los cuales, por sus fuerzas, son incapaces de entender lo que es posible ser comprendido*<sup>7</sup>.

En las respuestas a las objeciones Tomás no niega que la poética sea la de menor categoría entre todas las doctrinas; no es ciencia, no es argumentativa, ni propiamente especulativa. Es más, resalta como su peculiaridad el deseo del poeta de agradar al hombre; y el agrado tiene mucho menos valor que la utilidad que nace de la necesidad, y de una necesidad de saber, que es lo que mueve a la Sagrada Escritura cuya vocación no es otra que llegar a todos, incluso a aquellos que no pueden entender lo que puede comprenderse.

La doctrina sagrada, teología, es presentada, dentro de una clasificación de los saberes, como la ciencia de las ciencias, la suprema, como sabiduría en clave aristotélica, especulativa, argumentativa y, en este sentido, no poética.

La nueva concepción del saber que iba conformándose en el siglo XIII y se desarrolló en los siglos siguientes, en diálogo con Aristóteles y sus comentadores, traía consigo, como es bien sabido, una extraordinaria revalorización de la lógica y la dialéctica, incluso de las ciencias de la naturaleza, y un menor aprecio por la gramática y la retórica, tan vivas en los más destacados pensadores y místicos del pasado medieval. No es extraño, por tanto, que, para los maestros escolásticos, la poesía, agradable, quedase relegada a un puesto realmente bajo entre las disciplinas humanas.

Buena parte de lo visto hasta ahora, de las tesis mantenidas por los escolásticos de los siglos XIII y siguientes, sustentará la obra de eminentes pensadores y la formación de los alumnos en las universidades de mayor prestigio, pero será, precisamente, el detonante de una reacción empeñada en proponer otro modelo de saber, y que conocemos como humanismo.

En pleno siglo XIV se inicia una decidida y encendida resistencia. Y es Petrarca, ese, como afirma José Luis Fuertes Herreros: *“tan conocido en nuestra universidad, con tantos manuscritos de su obra completa y ediciones incunables en nuestra biblioteca y que traen noticias prestas de*

---

<sup>7</sup> Sto. Tomás de Aquino, *Sm. Th.*, P. I, C. I, a. 9, solución.

*Italia a nuestras aulas*<sup>8</sup>, el portavoz y más genuino portaestandarte de la oposición al nuevo rumbo que toma la cultura en su sentido más profundo.

Arraigado firmemente en ideales cercanos a los expresados en el siglo XII, por ejemplo, por Juan de Salisbury, es decir, en el llamado clasicismo medieval, admirador de la valía de los grandes poetas, literatos, del mundo clásico, este laureado poeta se declarará fiel seguidor de la tradición platónico-agustiniana.

Para Petrarca, el ciego seguidismo de Aristóteles era un signo de ignorancia, barbarie, siendo así que Platón, “*el príncipe de los filósofos*”<sup>9</sup>, salvo para “*la tribu frenética y ruidosa de los escolásticos*”<sup>10</sup>, era sin duda superior a Aristóteles, si no en ciencia, sí en sabiduría. “*Si se intenta averiguar cuál de ellos (Platón o Aristóteles) recibe más elogios, - podemos leer en su carta irónicamente titulada: La ignorancia del autor y la de muchos otros - entonces no vacilo en afirmar que, a mi entender, Platón es admirado por una minoría selecta, y Aristóteles por una masa numerosa, siendo los dos dignos de recibir el aplauso de unos y otros*”<sup>11</sup>. Y añade en esta misma carta “*Platón, insisto en ello, se acercó más a la verdad, y este es un hecho indiscutible para cualquier lector asiduo de libros cristianos y de Agustín, en particular; los mismos griegos [...] nos lo confirman conservando la tradición de llamar «divino» a Platón y «demonio» a Aristóteles.*”<sup>12</sup>. “*Parece habersele concedido a Platón, a diferencia de los otros filósofos, el lenguaje de la sabiduría, y a Aristóteles el de la ciencia. Aquel miraba señaladamente hacia lo alto; éste, en cambio, hacia lo bajo principalmente*”<sup>13</sup> había escrito tiempo atrás San Buenaventura.

Leyendo sus críticas y sus propuestas, como emocionados arqueólogos, asistimos al nacimiento de duras controversias que más tarde, muchos años después, aún encenderán la pluma de afamados maestros en los centros del saber; platónicos frente a Aristotélicos, dialécticos frente a gramáticos, concepciones del saber, del hombre, que se respiraban, casi como el aire, en las aulas en las que se formaría un poeta singular: San Juan de la Cruz.

---

<sup>8</sup> José Luis Herreros, “Pensamiento y filosofía en la Universidad de Salamanca del siglo XV, y su proyección en el XVI”, en *Salamanca y su Universidad en el primer renacimiento: siglo XV (Miscelánea Alfonso IX, 2010)*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 2011, p. 240.

<sup>9</sup> F. Petrarca, *La ignorancia del autor, Obras I*, p. 201.

<sup>10</sup> F. Petrarca, *La ignorancia del autor, Obras I*, p. 201.

<sup>11</sup> F. Petrarca, *La ignorancia del autor, Obras I*, p. 203.

<sup>12</sup> F. Petrarca, *La ignorancia del autor, Obras I*, p. 203.

<sup>13</sup> San Buenaventura, *Cristo, maestro único de todos*, en *Obras I*, Madrid, B.A.C., 2010, p. 583.

Pero no corramos tanto, volvamos a los orígenes de la contienda, pues, como le gustaba señalar al pensador italiano, el pasado, la historia, nos dará luz.

Frente a un saber que, como fundamentalmente especulativo, reivindicaba lo que ahora llamamos objetividad, distancia respecto del objeto estudiado y aplicación rigurosa de un método y una técnica, como modo de alcanzar y mostrar la verdad, Petrarca, y con él los humanistas, clamaba por una vuelta al sujeto, a la praxis y a la subjetividad vinculada a ella, a discursos que naciesen del corazón herido y volasen directos al corazón para herirlo; a lo concreto, expresado en un lenguaje preciso por certero, frente a las evanescentes abstracciones expresadas en un lenguaje frío y estéril por estar desconectado de lo real.

*“De qué vale el mucho saber, si una vez aprendidas las medidas del cielo y la Tierra, las dimensiones del mar y el curso de los astros, la virtud de las hierbas y las piedras y los secretos de la naturaleza, seguís siendo unos desconocidos para vosotros mismos”*<sup>14</sup> afirmaba Petrarca, por boca de San Agustín, en su *Secretum*. Y era la lectura de las Confesiones del Santo la que, tras subir al Monte Ventoso, le hacían sentirse irritado consigo mismo, como en un acto, así mismo, de confesión, por haber admirado el mundo y haberse olvidado de sí mismo, siendo así que *“nada hay digno de admiración, sino el espíritu, a cuya grandeza nada es comparable”*.<sup>15</sup>

Es el “conócete a ti mismo” profundamente socrático-platónico, clave del pensamiento de San Agustín, de San Bernardo, de San Buenaventura, el que se presenta como distintivo del humanismo pujante. Y estrechamente vinculado a él, y de modo extraordinariamente sutil pero contundente, hay que situar la reivindicación del valor de la poesía y la necesidad de volver al cuidado de la palabra, al amor a la expresión, a la belleza. Los seguidores de Petrarca, humanistas como Boccaccio, Salutati, Bruni, y ya en pleno siglo XV Marsilio Ficino, se empeñarán, siguiendo este camino ya abierto, en presentar a la poesía como la suprema manifestación expresiva del saber.

La poesía aparecerá engalanada como la ciencia suprema y el poeta como el filósofo y teólogo, capaz de expresar, a la vez que oculta, una profunda

---

<sup>14</sup> Francesco Petrarca, *Secretum mío*, en *Obras I. Prosa*, Madrid, Ediciones Alfaguara, 1978, p. 68.

<sup>15</sup> Francesco Petrarca, *Epistolarios, Familiares (Familiarum rerum libri)*, A Dionigi da Borgo San Sepolcro, de la orden de San Agustín y profesor de la Sacra Página, acerca de preocupaciones particulares, en *Obras I. Prosa*, Madrid, Ediciones Alfaguara, 1978, p. 266 y nota 82.

sabiduría tras las extraordinarias imágenes que crea para expresarse.<sup>16</sup> Pero, sobre todo, y gracias a un uso preciso y devocional de la palabra, que concede un precioso acceso a la belleza, la poesía se mostrará como capaz de transformar al que con ella entra en contacto; de encenderlo, moverlo, conmoverlo.

Es en este contexto, de reivindicación de la palabra y del sujeto, en el que hay que leer las palabras de Erasmo de Rotterdam en su *Covivium* de 1522, cuando confiesa su devoción por Cicerón, por Plutarco, pues con su lectura se vuelve mejor, frente a los autores que él califica de recientes “*que es de maravillar* - afirma – *cuan heladamente proceden en comparación con los antiguos pues parecen no sentir lo que dicen*” y, añade, “*me dejan más frío para la auténtica virtud y más querencioso para las disputas*”.<sup>17</sup> Y en este caso no se trata de poetas, en los que lo dicho queda acentuado.

Como tan acertadamente muestra Miguel Ángel Granada<sup>18</sup>, la poesía, como la música, mueve al alma hacia lo divino, dejando a un lado, trascendiendo, como reivindicaba Dionisio Areopagita y cantará San Juan de la Cruz, toda ciencia humana<sup>19</sup>. Virgilio, Homero, Ovidio, Horacio o, de nuevo y con encendido arrebató, el Cantar de los cantares, son leídos con nuevos ojos, y en este sentido, como no recordar a Fray Luis de León, y como no tener presente su Oda III a Francisco de Salinas:

*“A cuyo son divino*

*El alma que en olvido está sumida*

*Torna cobrar, el tino*

*Y memoria perdida,*

*De su origen primera esclarecida”.*<sup>20</sup>

---

<sup>16</sup> Miguel Ángel Granada, *El umbral de la modernidad. Estudios sobre filosofía, religión y ciencia entre Petrarca y Descartes*, Barcelona, Herder, 2000, p. 75. En adelante citaré esta obra como: M. A. Granada, *El umbral de la modernidad...*

<sup>17</sup> Francisco Rico, *El sueño del humanismo (de Petrarca a Erasmo)*, Madrid, Alianza Universidad, 1993, pp. 135-6, nota 149.

<sup>18</sup> M. A. Granada, *El umbral de la modernidad*, p. 79.

<sup>19</sup> Pseudo Dionisio Areopagita, *De los nombres de Dios*, VII, 3, 872A-872B y *Carta I*, 1065<sup>a</sup>, en *Obras completas del Pseudo Dionisio Areopagita*, Madrid, B.A.C., 1990, pp. 339-40 y 383-4; San Juan de la Cruz, *Coplas del mismo hechas sobre un éxtasis de harta contemplación* 6, 39 - 7, 52, en *Obras completas*, Madrid, B.A.C., 1989, p. 36.

<sup>20</sup> Fray Luis de León, *Poesías completas; Escuela Salmantina, antología*, Ed. Ricardo Senabre, Madrid, Espasa Calpe, 1988, p. 45.

España no se mantuvo ajena a estos nuevos planteamientos, reflexionando vivamente sobre el modo de incorporarlos, entre otras cosas, a una necesaria revitalización de la vivencia religiosa. Un complejo debate entre escolástica y humanismo alcanzó especial profundidad y ardor entre los intelectuales, haciéndose presente en los centros más prestigiados del saber. Que Fray Luis, poeta extraordinario, era un hombre que se sentía cercano a muchas de las tesis humanistas, lo que le supuso más de un problema en la Salamanca del siglo XVI, es algo que pocos ponen en duda. Otro asunto es en qué medida puede hablarse de humanismo en un poeta, que estudio en Salamanca entre 1564 y 1568, y que conocemos como San Juan de la Cruz.

Sabemos que antes de entrar en la orden de los Carmelitas y adoptar el nombre de Fray Juan de Santo Matía, cuando se hacía llamar Juan de Yepes, entre 1559 y 1563, se formó, fundamentalmente en gramática y retórica, en una institución de extraordinario nivel entonces: El colegio de jesuitas de Medina del Campo.

Los jesuitas, en vanguardia de lo que podría entenderse como un humanismo contrarreformista, formaban con gran eficacia, en consonancia con este particular humanismo, en gramática, retórica, poesía, de acuerdo con principios expresados por el propio Juan Alfonso de Polanco, secretario de San Ignacio, de Diego Laínez y de San Francisco de Borja, cuando afirmaba que, en cuanto a las letras *“a una mano quiere que todos se funden bien en la gramática y letras de la humanidad... Después ningún género de doctrina aprobada desecha, ni poesía, ni retórica...”*<sup>21</sup>.

De entre los profesores que durante seis horas al día le trasladaron el conocimiento de los clásicos, destacan Gaspar de Astete y, sobre todo, un por entonces muy joven Juan Bonifacio; apasionado latinista, purista en sus concepciones, por lo que a la latinidad clásica se refiere, y declaradamente innovador. En una carta de 1586, en cierto modo reivindicativa, se podía leer: *“(Para no dar que hablar) explicamos todavía – yo mismo se lo aconsejé a nuestros superiores – los preceptos de la antigua gramática, por condescender con algunos que nos lo pidieron, que parecen del nº de aquellos que, después de inventados los cereales, siguen manteniéndose de*

---

<sup>21</sup> Víctor García de la Concha, “El honor de la lengua castellana»: Fray Luis de León, escritor”, en *El siglo de Fray Luis de León; Salamanca y el renacimiento* (Catálogo), Salamanca, 1991, p. 395. En adelante citaré esta obra como: V. García de la Concha, *El honor...*

*bellotas [...] Vive todavía Vives entre nosotros [...] Tengo yo que explicar a los 5 escritores difíciles, por dar gusto a los que buscan más el saber que el saber hablar bien. Me presto sin dificultad a leer a Valerio Máximo, a Suetonio, a Alciato [...] A mis discípulos ordinarios les leo a Cicerón, Virgilio y alguna vez las tragedias de Séneca, Horacio y Marcial expurgados, César, Salustio, Livio y Curcio; para que tengan ejemplos y modelos de todo: de oraciones, de poesía, de historia.”*<sup>22</sup>. Bajo su dirección, como señala Víctor García de la Concha, los alumnos se ejercitaban constantemente en la composición y, el Padre Bonifacio, les urgía, según sus palabras, para que pesasen las palabras y sustituyesen las flojas y vanas por otras más propias y significativas; labor en la que, sin duda, más adelante brillará su joven discípulo.<sup>23</sup> Llevaban a cabo traducciones directas e inversas, declamaciones, confeccionaban versos y obras teatrales, muy del gusto de la compañía y el latín se usaba constantemente en las clases.

Cuando en 1563 entra de novicio en el convento de carmelitas de Santa Ana de Medina del Campo, San Juan es un joven de 21 años, con una sólida formación humanística. No sé sabe, a ciencia cierta, si en el tiempo en que estuvo de novicio y profesó en el convento, pudo estudiar artes y teología, pero el hecho es que, tras su formación en Medina, a principios del otoño de 1564, sus superiores, viendo sus capacidades, lo enviaron al colegio de San Andrés de la Universidad más prestigiosa del momento, Salamanca, para que iniciara la carrera universitaria en Artes y Teología.<sup>24</sup>

La universidad en la que iba a pasar sus próximos cuatro años estaba marcada, inevitablemente, por el debate y la disputa. Atenta al erasmismo y profundamente impregnada de humanismo, como manifestaban personalidades como Antonio de Nebrija, Hernando Alonso de Herrera, Hernán Núñez de Toledo, Arias Barbosa, y ya en los años de los estudios de San Juan, Fray Luis de León, Gaspar Grajal, Martín Martínez de Cantalapiedra, Juan de Almeida, o el mismo Francisco Sánchez de Brozas, en la segunda mitad del siglo XVI incrementaba el interés en la enseñanza de la escolástica especulativa, impulsando la renovación neotomista de Vitoria, en detrimento, en general, de la teología positiva, y más aún de la que mostraba trazas humanistas. Viejas disputas cobraban vida, y una vida

---

<sup>22</sup> V. García de la Concha, *El honor...*, p. 388.

<sup>23</sup> V. García de la Concha, *El honor...*, p. 388.

<sup>24</sup> Luis Enrique Rodríguez-San Pedro Bezares, *La formación universitaria de Juan de la Cruz*, Valladolid, Junta de Castilla y León; Consejería de Cultura y Turismo, 1992. En adelante citaré esta obra como: L. E. Rodríguez, *La formación universitaria...*

intensa; los defensores de la nueva escolástica, como dice Saturnino Álvarez Turienzo, “*apegados a las vías estatutarias, practicantes de una teología discutida con rigor sistemático*”<sup>25</sup>, veían con recelo el qué hacer de ciertos profesores de artes, vistos como heterodoxos humanistas, y estos, amantes de las lenguas antiguas, estimulando su cultivo, se inclinaban más por la filología, la erudición, la crítica literaria e incluso la poesía que por la filosofía peripatética. Como ya pasara con Nebrija, quien recogía la tradición de Lorenzo Valla, Leonardo Bruni, Colucio Salutatti o el mismo Petrarca, también ahora, y de modo casi epidérmico, sentían que eran casi bárbaros los textos de la escolástica.

El famoso enfrentamiento entre biblistas (hebraístas y lingüistas) y escolásticos defensores a ultranza de la vulgata acabaría con el encarcelamiento de Fray Luis de León, Gaspar Grajal y Martín Martínez de Cantalapiedra, desempeñando un papel decisivo en todo ello la existencia de dos grupos poderosos de influencia, cada uno con sus seguidores: Dominicos y Agustinos.

Este era, en gran medida, el ambiente que se respiraba. Y no podía ser de otro modo, pues la Universidad de Salamanca era una institución de una influencia extraordinaria y en ella se hacían presentes, en la voz y en la pluma de intelectuales de renombrada valía, las cuestiones candentes que tenían a la cristiandad y, como consecuencia, a España en tensa vela.

En 1564 iniciaba sus estudios San Juan y, si bien ha existido siempre un complejo debate en torno a la formación en teología del joven carmelita, lo que es seguro es que obtuvo el bachiller en artes, tras tres años estudiando lógica, filosofía natural y filosofía moral marcadamente aristotélicas y que, tras ordenarse presbítero en la catedral nueva en 1567, al menos estudió un año de teología predominantemente tomista<sup>26</sup>.

Nuestro extraordinario poeta debía haber cursado al menos cuatro años de teología para haber adquirido su título correspondiente, para ser un teólogo reconocido como tal, formado ni más ni menos que en Salamanca. Pero el hecho es que en 1568 dejó la universidad y se marchó a Duruelo. Se sabe que, ya un año antes, le rondaba la cabeza la posibilidad de ingresar en el cartujo, y es más que probable que conocer a Teresa de Jesús y hablar

---

<sup>25</sup> Saturnino Álvarez Turienzo, “Fray Luis de León y la orden agustiniana”, en *El siglo de Fray Luis de León; Salamanca y el renacimiento*, (Catálogo), 1991, p. 122.

<sup>26</sup> L. E. Rodríguez, *La formación universitaria*.

con ella, influyese definitivamente en sus posteriores decisiones. Pero cabe pensar que junto a esto hubo otras vivencias que terminaron por decantar su decisión, como pudo ser la lectura asidua de Dionisio areopagita, sin duda profundamente presente en su obra<sup>27</sup>, la tendencia a la mística, el retiro y el eremitismo propios de su orden y presente en una literatura muy extendida en la época o, es casi inevitable pensarlo, que no encontró en la formación en teología que se le ofrecía lo que desde el fondo de su corazón buscaba. Se fue pues de Salamanca, pero lo realmente interesante, y difícil de dirimir, es lo que se llevó de aquí.

Su extraordinaria formación le permitirá ser rector de colegio universitario nada menos que en Alcalá de Henares y fundar en Baeza un nuevo colegio universitario del que será rector entre 1579 y 1582; algo sorprendente en quien orientaba su vida hacia el silencio y la intimidad con Dios. Pero lo que hizo de él un hombre extraordinario no fue solo, y fue algo fuera de lo común, su ardiente deseo de Dios, su capacidad de transformar realidades decididas, en su rigidez, a no dejarse mover, su compromiso y su lucha constante frente a las adversidades, en nombre de Dios; por encima de todo fue su capacidad de transmitir en palabras, en verso y en prosa, lo que acontecía en el fondo de su corazón; un corazón herido de amor.

El amor, el enamoramiento apasionado, el anhelo, el sufrimiento, la entrega, la gozosa unión, estos son los temas abordados con inusitada osadía por los poetas... Como es bien sabido, el amor es asunto central de gran parte de la actividad intelectual, en todos los órdenes, de los siglos XV y XVI. Si dirigimos la mirada a la literatura profana, novelas de caballería, pastoriles, obras de teatro, poesía lírica, el amor es omnipresente. El amor, además, es presentado, en clave platónica, como motor de ascenso.<sup>28</sup> Pero ese amor necesita ser despertado, excitado; el corazón, perdido en tantas cosas que le hastían, tan alejado de su verdadero amor, necesita ser herido. Y aquí, para el platonismo renacentista, la poesía desempeña el papel crucial: *“Es necesario, por tanto, – dirá Marsilio Ficino comentando el Ion- en primer lugar, que el furor poético despierte por medio de los tonos musicales lo que está dormido, dulcifique lo perturbado por la suavidad de*

---

<sup>27</sup> Remito a mi estudio sobre la cuestión: Ignacio Verdú, “La noche oscura y la docta ignorancia; una reflexión acerca de Dionisio Areopagita, el Maestro Eckhart y San Juan de la Cruz”, en *Mística y Filosofía en el siglo de oro*, EUNSA, Pamplona, 2017, pp. 83-94.

<sup>28</sup> Germán Vega García-Luengos, “La poesía de San Juan de la Cruz. Fuego de palabras”, *Revista de espiritualidad*, nº 196-7 (1990), pp. 371-401.

*la armonía, expulse finalmente la discordia disonante por la consonancia de la diversidad y tempere las diversas partes del alma*"<sup>29</sup>.

El poeta, poseído de furor divino, lleno de Dios, es capaz de entusiasmar, transmitir ese furor, a los que le escuchan o le leen; pero, para hacerlo, ha de luchar por encontrar el modo de transmitir lo que le quema, acertar con las palabras, los sonidos, las melodías, las cadencias, las imágenes, que lanzan, como bien decía Dionisio Areopagita, la mente más allá de ellas mismas. Y es que "*La hermosura manifiesta es siempre signo de misterios sublimes*"<sup>30</sup>.

A este respecto es pertinente recordar la anécdota, cargada de estética platónica, que recuerda Fray Jerónimo de San José en su Historia del venerable padre Fray Juan de la Cruz, de 1641, cuando relata cómo, inquirido por una conmovida hermana que le preguntó "*si le había dado Dios aquellas palabras tan divinas, le respondió: hija, algunas veces me las daba Dios, y otras las buscaba yo*"<sup>31</sup>.

Sin duda las buscaba, y con celo. Son muchos los estudios que muestran en detalle como sus poemas están cargados de imágenes propias de la literatura renacentista, cómo conoce y usa las formas más elegantes, las más osadas, así como las más sencillas y populares, cómo, probablemente a través de Sebastián de Córdoba<sup>32</sup>, se familiarizó con Boscán y Garcilaso. Incluso, en un minucioso trabajo, Miguel Norbert-Uribarri ha mostrado los indudables paralelismos entre el *Canzonere* de Petrarca y los poemas de San Juan, muy especialmente en el caso del Cántico espiritual.<sup>33</sup> Pero San Juan no se limita a transformar a lo divino la poesía amorosa de tradición humanista, como ya hacían muchos otros. Comparte buena parte de los

---

<sup>29</sup> Miguel Ángel Granada, *El umbral de la modernidad. Estudios sobre filosofía, religión y ciencia entre Petrarca y Descartes*, Barcelona, Herder, 2000, p. 78. En adelante citaré esta obra como: M. A. Granada, *El umbral de la modernidad...*

<sup>30</sup> Pseudo Dionisio Areopagita, *La jerarquía celeste, c. I, 3*, en *Obras completas de Pseudo Dionisio Areopagita*, Madrid, B.A.C., 1990, p. 121.

<sup>31</sup> V. García de la Concha, *El honor...*, p. 407.

<sup>32</sup> David Caro Bragado, "Sebastián de Córdoba: Garcilaso a lo divino, Garcilaso sacroprofano", *Dicenda: cuadernos de filología hispánica*, nº 27, (2009), pp. 159-168; Juan José Bellón Fernández, "La versión a lo divino de Sebastián de Córdoba de los sonetos de Garcilaso de la Vega", *Actas del XI Congreso Internacional de la Asociación de Lingüística y Filología de la América Latina*, Universidad de las palmas de Gran canaria, Servicio de Publicaciones, Las Palmas de Gran Canaria, 1999, vol. 3, (1999), pp. 2085-2094; Buenaventura Piñero, "La poesía a lo divino en los siglos de oro. Sebastián de Córdoba, refundidor de la obra garcilasiana: técnicas literarias y métodos de meditación en la poesía sagrada", *Letras*, nº 54-55, (1997), pp. 301-305.

<sup>33</sup> Miguel Norbert-Uribarri, "Paralelismo entre el *Canzonere* de Petrarca y los Poemas de San Juan de la Cruz: celosía de una vitalidad amorosa «a lo divino»", *San Juan de la Cruz*, nº 27, (2001), pp. 81-92.

principios de esta tradición de raigambre platónica, pero, sublimada, la eleva a una nueva categoría.

El humanismo petrarquesco, declarado admirador de Platón, reivindicaba al poeta como teólogo, a la teología poética, que, a través de la alegoría, tras las imágenes, era capaz de transmitir verdades profundas. Decía Salutati: *“los religiosos creen que la poesía se reduce a fábulas, a fechorías, cuando, por el contrario, se trata de ficciones que ocultan algo bueno; por ello la condenan y la detestan, sin comprender que no es otra cosa que un arte del decir, una facultad bilingüe, que exteriormente dice una cosa, pero que en su sentido oculto significa otra cosa distinta, hablando siempre mediante figuras”*<sup>34</sup>. *“La poesía, pues, a la que los bárbaros atacan tan mordazmente, es en sus comienzos entre los gentiles una loa de la divinidad y de la virtud que los gentiles tuvieron común con la verdadera religión”*<sup>35</sup>. Homero, Hesíodo, Virgilio, Horacio, eran admirados en sus textos, sus poemas, en los que se hacían presentes verdades eternas; y era por esto que se traducían de nuevo sus obras y eran tomados como modelo.

Este poder de la poesía es reconocido, asumido por San Juan. *“Toda la doctrina que entiendo tratar en esta Subida del monte Carmelo está incluida en las siguientes canciones, y en ellas se contiene el modo de subir hasta la cumbre del monte, que es el alto estado de la perfección que aquí llamamos unión del alma con Dios”*<sup>36</sup>. Bien podría haber compuesto un complejo y elevado tratado sobre la cuestión, dividido en cuestiones y saturado de complejas demostraciones, pero su modelo es un apasionado poema, el Cantar de los cantares, y como él mismo indica: *“ni basta ciencia humana para lo saber entender ni experiencia para lo saber decir; porque sólo el que por ello pasa lo sabrá sentir, mas no decir”*<sup>37</sup>. La dificultad, añadida, residirá en declarar, aclarar, justificar la doctrina contenida en los poemas, porque los poemas son la expresión en palabras de un sentir. Es por ello que *“en este libro se ponen primero las canciones que se han de declarar”*<sup>38</sup> dirá en el prólogo al lector de la *Noche oscura*.

---

<sup>34</sup> M. A. Granada, *El umbral de la modernidad*, p. 73.

<sup>35</sup> M. A. Granada, *El umbral de la modernidad*, p. 73.

<sup>36</sup> San Juan de la Cruz, *Subida del Monte Carmelo, Argumento*, en *Obras completas*, Madrid, B.A.C., 1989, p. 87. En adelante citaré esta obra como: San Juan de la Cruz, *Subida del Monte Carmelo...*

<sup>37</sup> San Juan de la Cruz, *Subida del Monte Carmelo*, p. 87.

<sup>38</sup> San Juan de la Cruz, *Noche oscura, Prólogo al lector*, en *Obras completas*, Madrid, B.A.C., 1989, p. 317.

San Juan no escribe poemas meramente para deleitar, ni para entretener, ni porque no es capaz de hacer algo más elevado, intelectualmente hablando; ni tan siquiera como medio de enseñar al menos capaz. Los escribe por amor. Los escribe porque es el único modo de transmitir lo que vive con una intensidad que le desborda. Y los mima, los cuida con esmero, pues para volcar en ellos su sentir más profundo, necesita empeñar en ellos todos sus talentos, dones de su amor; toda su inteligencia y toda su sensibilidad.

*En mi pecho florido,  
Que entero para él solo se guardaba,  
Allí quedó dormido,  
y yo le regalaba,  
y el ventalle de los cedros aire daba.  
El aire de la almena,  
cuando yo sus cabellos esparcía, con su mano serena  
en mi cuello hería,  
y todos mis sentidos suspendía.*<sup>39</sup>

La exquisitez y la sensualidad de estos versos de la *Subida del monte Carmelo* no pueden quedar encajadas en argumentos, definiciones o conceptos. Tal vez, la certeza a este respecto explica el prólogo al *Cántico espiritual*, en el que, sin miedo, afirma: *"Por cuanto estas canciones, religiosa madre, parecen ser escritas con algún fervor de amor de Dios, cuya sabiduría y amor es tan inmenso, que como dice el libro de la sabiduría, toca desde un fin hasta otro fin, y el alma que de él es informada y movida en alguna manera esa misma abundancia e ímpetu lleva en su decir, no pienso, yo ahora declarar toda la anchura y copia que el espíritu fecundo de el amor en ellas lleva; antes sería ignorancia pensar que los dichos de amor en inteligencia mística (cuales son los de las presentes canciones) con alguna manera de palabras se puedan bien explicar. [...] ¿Quién podrá escribir lo que a las almas amorosas (donde él mora) hace entender? Y ¿Quién podrá manifestar con palabras lo que las hace sentir?, ¿Y quien finalmente lo que las hace desear? Ciertamente, nadie lo puede [...] Y esta es la causa por que con*

---

<sup>39</sup> San Juan de la Cruz, *Subida del Monte Carmelo*, p. 87.

*figuras, comparaciones y semejanzas antes rebosan algo de lo que sienten y de la abundancia del espíritu vierten secretos misterios que con razones lo declaran. Las cuales semejanzas no leídas con la sencillez de el espíritu de amor e inteligencia que ellas llevan antes parecen dislates que dichos puestos en razón”*.<sup>40</sup>

El amor es la clave; de nuevo el amor y siempre el amor. Sólo el que en verdad ama puede cantar al amor y el que no ame no podrá entender estos dichos de amor que han de mover al amor. Y por ello, explica: *“los dichos de amor es mejor dejarlos en su anchura [no someterlos a las estrecheces de los conceptos abstractos y técnicos de la teología escolástica] para que cada uno de ellos se aproveche según su modo y caudal de espíritu, que abreviarlos a un sentido a que no se acomode todo paladar”*<sup>41</sup>. Y es que, *“la sabiduría mística, la cual es por amor de que las presentes canciones tratan, no ha menester distintamente entenderse para hacer efecto y afición en el alma”*<sup>42</sup>.

La argumentación especulativa no puede alcanzar las cimas reservadas a los dichos de amor nacidos del corazón herido, prendado y enamorado, es decir, rendido, entregado al amor que le ama. Porque los dichos nacen de la experiencia, pura de tan íntima, con el amado; del dulce dolor y del estremecedor gozo que desbordan al alma. San Juan, el enamorado, el místico, el poeta, lo sabe, y así, le confiará a la Madre Ana de Jesús y con ella a todos: *“pues, aunque a V.R. le falte el ejercicio de teología escolástica con que se entienden las verdades divinas, no la falta el de la mística, que se sabe por amor, en que no solamente se saben, mas justamente se gustan”*<sup>43</sup> (p. 435-6).

---

<sup>40</sup> San Juan de la Cruz, *Cántico Espiritual A, Prólogo 1*, en *Obras completas*, Madrid, B.A.C., 1989, p. 435.

En adelante citaré esta obra como: San Juan de la Cruz, *Cántico espiritual*...

<sup>41</sup> San Juan de la Cruz, *Cántico espiritual*, p. 435.

<sup>42</sup> San Juan de la Cruz, *Cántico espiritual*, p. 435.

<sup>43</sup> San Juan de la Cruz, *Cántico espiritual*, pp. 435-6.